

como el ser “más desarrollado” cuya capacidad de razón y habilidades relacionadas que considera que son suyas de manera excluyente permitiría justificar la dominación sobre todo aquello no-humano. Lo no-humano, es este esquema, es pensado como inferior y por ello, cosificable e instrumentalizable. De manera complementaria a esta observación, Nuñez da otro paso: observa la tendencia histórica a pensar que lo natural podía desarrollar sus potencialidades de manera idónea si un ser racional las dominaba. Allí, entonces, los pueblos no occidentales, los sectores económicos desfavorecidos y las mujeres fueron grupos más ligados en el imaginario y en el discurso social a la idea de naturaleza, y por lo tanto, muchas veces fueron “despersonificados” o bien animalizados y, entonces, tratados como objetos de uso mediante la operación ideológica señalada.

El libro se desarrolla considerando diversas temáticas entrelazadas y puntos de abordaje. En un primer momento analiza el surgimiento de la ecología como ciencia neutral subsidiaria del modelo de producción capitalista, dentro de la rama de las ciencias biológicas. No obstante, avanza hacia el desarrollo de la ecología bajo una nueva concepción a finales del siglo XX, a partir de la apropiación del término por grupos activistas, que la reivindican como práctica crítica y política. Esta última acepción, con la que estamos más familiarizados, es la que conlleva a repensar una ética en relación a la complejidad del mundo y a la responsabilidad social respecto el tejido de la vida, del cual somos una pequeñísima parte. Aparece como pregunta por el “qué hacer ahora” en paralelo al conocimiento disponible divulgado y también en desarrollo sobre las formas de vinculación de organismos y microorganismos, equilibrio ecosistémico, etc., que derivó en una reflexión del impacto negativo de las sociedades humanas sobre las demás comunidades biológicas, los ciclos naturales, los organismos, su autoregulación, etc. Así, la ecología comienza a tener un doble carácter,

natural y social, con el que hoy la conocemos, al abrirse de manera interdisciplinaria en el abordaje de sus tópicos centrales también desde nuevos enfoques y disciplinas, entre ellas, las ciencias humanas.

Finalmente, se cierra con un análisis relativo a la praxis ambiental como desafío pendiente. En palabras de la autora: “[...] la edificación de una praxis ambiental en nuestra sociedad occidental, inaugura desafíos porque su misma posibilidad toma en consideración a los otros: humanos en su diversidad, no-humanos, identidades intermedias, organismos vivos o paisajes, expone y enfrenta los recortes y las limitaciones edificadas desde la praxis occidental. Por eso entiendo por praxis ambiental a las acciones conscientes sobre las cuales edificamos formas de vinculación específicas. Acuerdo con Descola en la convergencia de aspectos materiales y ‘mentales’, pero recupero la propuesta original de Marx de que la praxis nos debe llevar necesariamente a un compromiso con el cambio. No se trata ya de un cambio asumiendo como única o prioritaria la relación de producción, sino por el contrario del que produce a partir de reconocer la bastedad de formas relacionales, donde el afecto y la estética no son aspectos que se subsuman o eclipsen por la productividad [...]” (p. 149). Esta manera de relacionarse con los otros en el mundo sobre la que reflexiona Paula Nuñez refiere a una praxis de un *yo en relación con otros*, no aislado ni completa y artificialmente autodeterminado, sino, más bien, dentro de una actividad y que repara en las formas de vinculación que establece con aquellos “otros” a los que se considera relevantes independientemente de entrar en una relación de tipo utilitaria. Esta propuesta no es equivalente a la mera denuncia de las problemáticas ambientales ni a la militancia ambientalista *per se*, muy por el contrario, supone reconocer la problemática ambiental en un plano más general y más complejo, referente a la lógica de dominio de sociedades fuertemente patriarcales y paternalistas, como las nuestras.

Por un feminismo sin mujeres

Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual (CUDS) (comp.) (2011).
Santiago de Chile: CUDS / Territorios Sexuales Ediciones, 188 págs.

 Laura A. Arnés

El feminismo desde sus inicios se enfrentó a la paradoja de basarse en las mismas nociones –de género y de diferencia sexual– que estaría destinado a analizar, criticar, desesencializar, reconstruir y modificar;

sin embargo, los debates de los últimos años sobre la legitimidad de establecer un sujeto “mujer” –que tuvieron lugar sobre todo en ámbitos académicos– han repercutido en las actividades y políticas actuales

del movimiento feminista, hasta el punto de poner en duda la necesidad de su existencia y abrir una brecha, todavía mayor, entre práctica y teoría. Pero, además, la irrupción de los géneros y sexualidades disidentes, como categorías relevantes para la reflexión sobre la cultura, ponen en escena una serie de problemas que en América Latina recién cobran fuerza en los años de las postdictaduras.

En este contexto se reconoce *Por un feminismo sin mujeres*, y a partir de allí, busca actualizar esos debates que se vienen dando en América Latina, en general, y en Chile, en particular, a lo largo de la última década: ¿acaso la política feminista requiere de una categoría “mujer” que tenga significado determinado?; ¿puede la teoría y la *praxis* feminista abandonar la idea de estabilizar (o desestabilizar) al sujeto mujer sin dejar de ser un movimiento emancipatorio?; ¿cuál es la relación entre Feminismos, Estudios de Género y Teoría *queer*?; ¿se puede pasar a un feminismo “más allá del género” sin haber pasado antes por un período de subjetivación y afirmación de las mujeres?; a pesar de que “la mujer” no sea posible, ¿existe algo así como “mujeres”?; al borrar nombres, al confundir sus objetos de denominación, ¿se borran las diferencias que las miradas inscriben sobre/en los cuerpos?; ¿cómo se da la relación entre sexo, género y deseo?; la famosa afirmación de Wittig—“las lesbianas no somos mujeres”— ¿tiene algún potencial desestructurante en las actividades cotidianas y en las acciones políticas?; ¿qué corpo-realidades dan materialidad al movimiento feminista?

Por un feminismo sin mujeres es producto del segundo “Círculo de Disidencia Sexual”, proyecto de intervención y reflexión crítica y política, organizado por la Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual (CUDS), que se desarrolló en las Universidades Arcis y de Chile en el año 2010 y en el que participaron académicxs de diversas disciplinas, artistas y activistxs.

Resulta evidente que el mérito de este proyecto es, por lo menos, doble: nada despreciable resulta el haberse convertido en un proyecto editorial que reúne textos de importantes referentes del feminismo local y de la disidencia sexual. Pero, además, tal vez por su título—cuando menos controversial—, o tal vez por el nivel de las participaciones a las que dio lugar, alimentó un diálogo de compleja densidad que, como dice Jacques Rancière en “La división de lo sensible”, permite o procura una organización alternativa de lo sensible.

La compilación se organiza en tres ejes que no resultan ajenos entre sí: “El feminismo no es” (Alejandra Castillo, Diamela Eltit, Francisca Barrientos, Patricia Espinosa, Olga Grau), “Territorios de la disidencia

sexual” (Felipe Rivas, Víctor Silva Echeto, Matías Marambio de la Fuente, Diego Ramírez, Colectivo Garçons) y “Mujeres con comillas” (Cristián Cabello, Hilda Yáñez, Gatas en Fuga). Consta además de una “Presentación” en manos de Jorge Díaz y un estimulante “Postfacio” escrito por Nelly Richard que devuelve los signos de pregunta a esa provocativa afirmación del título que, inevitablemente, se presenta como toma de postura (p. 178):

La ambivalencia del sentido figurado es el resorte oblicuo de una crítica político-sexual que pone en duda las totalizaciones identitarias. Pero esta oblicuidad de los nombres y las categorías no debería impedir el uso táctico-situacional del discurso de género, sobre todo cuando este nos sirve para combatir la borradora perversa que trae el éxtasis neoliberal de los “post”. Acordar este doble gesto sería, para mí, la oportunidad de un “como si” la crítica feminista y la CUDS sellaran una parcial alianza tácita.

Díaz relata que el título del libro (y de la actividad que lo originó) es cita de un libro de María Luisa Femenías sobre Judith Butler, en el que la autora sostiene: “... caemos en un feminismo sin mujeres, donde la posición ‘mujer’ (un emplazamiento en el discurso) es solo (como vimos) el sitio de oposición política y resignificación. Este desplazamiento no parece beneficiar los objetivos específicos de las mujeres *reales*” (p. 8). Pero Díaz remata: “Nosotros no estamos tan seguros de aquello” (p. 8).

Butler, objeto de debate entre dos países sudacas. Butler como origen e inspiración. Butler reinterpretada, reubicada e incluso, como sostiene Felipe Rivas en “Decir *queer* con la lengua afuera”, Butler violentada. Y es que si bien cualquier discusión (por lo menos en América Latina) en torno a estos temas se encuentra atravesada por reflexiones de origen extranjero y, como consecuencia, debe confrontarse al problema de las culturas dominantes y la circulación de teorías, los autores no hacen mera importación y traducción, sino que intentan problematizar los discursos con los que trabajan desde una *praxis* específica y una mirada que se declara, abiertamente, situada: “He buscado recordarles los dolores del cuerpo local” (p. 28), sostiene Eltit tras reescribir y reinscribir los cuerpos disidentes de Gabriela Mistral y de Elena Caffarena.

La editora propone recorrer circuitos disidentes y sexuales que desordenen los mapeos familiares—ya que, como sostiene Marambio, la fuerza emancipatoria de una sexualidad disidente se mide en función

del contexto transgredido (p. 87)–, insta a seguir los flujos de “deseos de...” sin perder de vista las inscripciones espacio-temporales y procura develar nuevos “territorios de intervención política”, campos de fuerzas “... atravesados por relaciones de poder que gobiernan a prácticas, discursos y representaciones, cuerpos e identidades mediante sistemas de imposición, subyugación y exclusión de lo que no se ajusta a sus reglas de dominancia” (p. 159). Y los diversos artículos obedecen a ese pedido.

El espacio privilegiado de los debates es Chile y, en lo específico, el ámbito académico, pero las reflexiones atraviesan continentes y ciudades, dibujan márgenes, plazas y claustros; diversas lenguas y lenguajes se rozan; los géneros (sexuales y textuales) se hibridan. Se delinear fugas, se denuncian ataduras. Múltiples miradas interrogan, interpretan y tensan, y en el diálogo entre campos de saber y experiencias diversas

se proponen imágenes (como el cuerpo materno *drag* postmenopáusico que analiza Cabello), se construyen narrativas, se develan líneas de acción y se interrumpen o desvían codificaciones de poder.

Por un feminismo sin mujeres es una propuesta lúdica y ambiciosa que activa un acercamiento crítico celebratorio de lo desviado, lo menor y lo mestizo, de lo excéntrico y lo aparentemente contradictorio, del error, de lo inter- o de lo múltiple, y lo integra al circuito académico, desestabilizando lecturas y narrativas canónicas. *Por un feminismo sin mujeres* es un diálogo entre quienes provienen de diferentes campos de saber y praxis, pero se reconocen en el complejo desafío que es el feminismo actual. *Por un feminismo sin mujeres* es un intercambio entre quienes reconocen viva y activa la relación no solo entre práctica intelectual, social y política, sino entre teoría, crítica y ficción.

La reinención de la vejez

Grin Debert, Guita (2011). Buenos Aires: Siglo XXI, 248 págs.
Traducido del portugués por Marta Inés Aribia de la edición de 1999.

Ana María Bach

Esta obra es el resultado de un profundo estudio antropológico realizado por la autora en la sociedad brasilera sobre un tema que se trata de esquivar, quizás porque nos atañe en tanto seres humanos. En palabras de Elias, citado por la autora, “no es fácil imaginar que el propio cuerpo, lleno de frescura y se sensaciones placenteras, puede tornarse lento, cansado y torpe. No es posible imaginarlo, y en el fondo no queremos imaginarlo. Para expresarlo de otro modo: la identificación con los que están envejeciendo y con los que están muriendo está llena de comprensibles dificultades para los que están en otros grupos de edad. De una manera consciente o inconsciente, las personas se resisten por todos los medios a la idea de su propia vejez y de su propia muerte” (p. 217). Quizás es debido a estos procesos que su tratamiento resulta tan importante no solo para la sociedad brasilera, sino asimismo para la nuestra, ya que se aprecian notables similitudes entre ambas sociedades a lo largo de las descripciones y resultados de las investigaciones.

El texto transita desde el imaginario de la vejez como un período *dramático* e indeseado, entre otros motivos por el pasaje de la vida pública a la esfera privada,

con todo lo que ello implica, a la imagen *exitista* de un período de la vida pleno de posibilidades, que brindan la gerontología y los medios.

Si en la sociedad de De Beauvoir ella denuncia una “conspiración del silencio”, señala la autora en la introducción del libro, en las políticas públicas de ahora los “añosos” se han convertido en actores en los discursos, en tanto configuran nuevos mercados de consumo y formas de recreación.

Una forma de ofrecer un panorama de los intereses de la obra es reproducir las preguntas que la autora sintetiza (pp. 9-10):

¿Cómo se tornan el envejecimiento físico o la edad legal mecanismos fundamentales de clasificación y separación de los seres humanos?

¿Cuál es el tipo de tensión, o cuáles los conflictos que se generan, cuando se intenta crear una representación homogeneizada de esa población?